

Revista de libros

Antonio MAURIZ MARTÍNEZ, *La palabra y el silencio en el episodio amoroso de la Eneida*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2003, pp. 347.

Esta monografía tiene su origen en la tesis doctoral que, con el mismo título, fue dirigida por el prof. M. von Albrecht y leída en la Universidad de Santiago de Compostela el 21 de noviembre de 2001.

Se propone como objetivo el estudio de la palabra y del silencio como motivos literarios en contraste en la narración que de los amores de Dido y Eneas se hace en la primera parte de la epopeya virgiliana: final del libro I, libro IV, comienzo del libro V y un breve pasaje del VI (450-476). Y se justifica la elección del tema en la inexistencia de trabajo alguno que se ocupe de este ámbito de investigación. Y, efectivamente, en ello no le falta razón al autor.

El libro se articula en siete capítulos, precedidos de una introducción y culminados en unas conclusiones y una bibliografía. En la introducción el autor pondera la importancia de su argumento: «Virgilio –señala– va aprovechando y ligando las diferentes significaciones de los diversos silencios pertenecientes a tal y cual tópico para reflexionar sobre el fenómeno del silencio como algo global y desarrollar una verdadera conceptualización en torno a él. Y lo mismo se podría decir acerca de la palabra» (p. 14), y explica el alcance de su obra. En el primer capítulo se aborda, como punto de partida, un somero análisis del léxico del silencio en la Eneida (derivados de *fari* con significado negativo, como *infans* o *infandus*; *fauere* con *linguis* o con *ore*; *mutus* y su familia; y *sileo* y *taceo* y sus familias). En el segundo se trata de la palabra y el silencio en relación con el amor: cómo ambos fenómenos son circunstancias determinantes de la relación Dido-Eneas en su primera fase. El tercer capítulo se ocupa, complementariamente, de la relación de ambas realidades con el dolor de Eneas al hacer memoria de sus pasadas y trágicas aventuras ante el auditorio cartaginés (*Infandum, regina, iubes renouare dolorem* ..., de 2,3). El capítulo cuarto va dedicado a la relación de la palabra y el silencio con la moral en la ya citada parte de la epopeya: los curiosos contrastes observados entre *tacitum ... uulnus* de 4,67 y *stridit ... uulnus* de 4,689, la analogía entre las palabras lacrimosas de Dido y Ana y el viento que azota la encina que es imagen de Eneas (*haud secus adsiduis hinc atque hinc uocibus*

heros / tunditur..., 4,447-448), el rumor de la Fama ... pasajes todos ellos que son analizados desde un punto de vista simbólico en referencia a un juicio moral de las acciones. En el quinto capítulo se alumbra un notorio contraste en el curso de la relación amorosa: la alternancia en los amantes de locuacidad y silencio, en especial la locuacidad de Dido y el silencio de Eneas en los momentos más críticos de su relación, después de haber sido el discurso de Eneas lo que ha despertado el propio dolor del héroe y el amor de la reina, palabras de la reina y silencio del héroe que se enfrentan por igual al *fatum* o palabra de los dioses; a propósito de la taciturnidad de Eneas, el autor entabla un fructífero diálogo con un artículo de D.C. Feeney, «The taciturnity of Aeneas», en S.J. Harrison (ed.), *Oxford Readings in Vergil's Aeneid*, Oxford-Nueva York 1990, pp. 167-190, que es uno de los pocos trabajos que se aproxima a la materia tratada en este libro. El sexto capítulo se detiene a considerar el fenómeno –sin duda, piensa el autor, fundado en razones de creencias mágicas– del silenciamiento por parte de Dido del nombre de Eneas, el *nefandus uir* de 4,497-498, silenciamiento que se pone en relación con la destrucción llevada a cabo por la reina de los objetos personales de Eneas. El capítulo séptimo afronta la inversión de actitudes de ambos personajes cuando se encuentran por última vez en el Hades: Eneas habla (*dulcique adfatus amore est*) y se justifica, mientras que Dido finalmente aprende a callar y responde con silencio a sus requerimientos (*nec ... incepto uultum sermone mouetur*). Las conclusiones resumen lo esencial de todo el precedente discurso, deduciendo el autor, entre otras cosas, que «Virgilio ofrece una visión marcadamente negativa del lenguaje y una concepción positiva del silencio» (p. 323), que «Eneas, a diferencia de Dido, evita incurrir en ningún tipo de falta moral mediante el incorrecto uso del lenguaje, pero su silencio, lejos de ser sólo detenimiento del proceso verbal-pasional y alivio por ello mismo, se vuelve también dolorosa conciencia de la imposibilidad de comunicación entre los seres humanos y, por tanto, de la propia soledad. La corrección moral se alcanza al precio de la soledad» (p. 327), que «la taciturnidad de Eneas es muestra de sumisión al orden divino», y que «su desconfianza hacia la palabra humana se contrapone totalmente a su fe en la palabra divina» (p. 328). Finalmente, termina con una sugerencia metaliteraria («una importante idea de carácter poetológico», dice el autor): acaso el convencimiento de que el arte en general, y el arte de la palabra en particular, es un remedo y sucedáneo fútil de la vida es lo que motivó la voluntad última de Virgilio de quemar la *Eneida*.

Tal es el contenido de este libro, del que habría que destacar, en primer lugar, lo original de su meta y lo correcto y elegante de su redacción. Era este un enfoque literario que el autor ya había ejercitado en un trabajo previo sobre la poesía de Catulo, publicado en las Actas del XII Simposio de la Sección Catalana y Balear de la SEEC.

A mí se me ocurre que tema de no menor importancia que éste es el de la dualidad palabra-silencio, no ya como motivos literarios, sino como hechos metaliterarios en la génesis de las obras; en este sentido, de no menos interés hubiera sido (y lo puede ser en el futuro) el planteamiento de cómo un poeta épico elabora su discurso seleccionando tramos de una historia, alumbrando determinados hechos y callando otros que quedan implícitos en su relato. Por lo que a la *Eneida* se refiere, llama la atención, por ejemplo, cómo las palabras de Dido en 4,420-423 *Miserae hoc tamen*

unum / exequere, Anna, mihi; solam nam perfidus ille / te colere, arcanos etiam tibi credere sensus; / sola viri mollis aditus et tempora noras se refieren a unos hechos pretéritos (la amistad especial, el trato de especial confianza de Eneas y Ana, el especial conocimiento que Ana llegó a tener del carácter del héroe) de los que Virgilio nada, absolutamente nada, había adelantado: ¿por qué este silencio sobre una tan sorprendente relación previa entre el troyano y la hermana de la reina?, ¿es esto también una muestra de la imperfección en que quedó la epopeya?, ¿o es que el poeta ha omitido partes de los sucesos y ha querido aludir luego, de soslayo, a ellos? Interrogantes que suscitan una cierta perplejidad, y que parecen digno tema de indagación literaria. Pero el autor ha fijado sus límites y esto caía, evidentemente, al margen de sus horizontes.

Ante la detección de un juego tan pretendidamente sutil de contrastes, de una tan fina dialéctica conceptual, uno no puede por menos que preguntarse si realmente Virgilio fue consciente de todo esto que el crítico da por descubierto, o se trata tan sólo del descubrimiento de algunas de las armonías que el genio produce de manera inconsciente y no deliberada.

Anoto aquí una pequeña equivocación que se repite por dos veces en p. 22: el verso *stat pecus omne metu mutum...* no es 7,718, sino 12,718.

Es un libro, en suma, sugerente, que se adentra en una parcela inexplorada de la *Eneida*, lo cual es ya mucho decir, habida cuenta de la múltiple luz que se ha proyectado desde siempre sobre la epopeya. Pero llama mucho la atención que en torno al silencio como motivo literario el autor haya desplegado un discurso de notable prolijidad verbal, que hubiera podido contenerse acaso y ceder alguna que otra vez a una cierta mayor concisión expresiva.

Vicente CRISTÓBAL
Universidad Complutense

Craig KALLENDORF, *Elogio de Eneas. Virgilio y la Retórica Epideíctica en el Temprano Renacimiento Italiano*, Santiago de Chile, RIL editores, 2005, 280 pp.

El libro de C. Kallendorf supera con creces las expectativas generadas por su título, pues, además de ser un estudio riguroso sobre la recepción de la *Eneida* en el temprano Renacimiento italiano –con abundantes citas de autores y críticos, tanto antiguos como modernos–, también intenta reconstruir la realidad de una época en la que se sentía un profundo respeto hacia los textos latinos y en la que las obras de Virgilio se erigían como uno de los modelos por excelencia para la crítica y la praxis literarias del momento.

Ya desde el principio del texto, en el prólogo, el autor esboza el supuesto del que parte para dar unidad y coherencia a los diferentes aspectos tratados a lo largo de las sucesivas páginas: «Durante el transcurso de mis estudios comencé muy lentamente a percibir cuán profundamente la retórica epideíctica, la retórica del elogio y la condena, había moldeado la crítica literaria de las primeras generaciones de humanistas. Este libro es el resultado de esa percepción.» (p. 15). De este modo, Kallendorf selecciona cinco de las figuras más representativas de las Letras de la Italia renacentis-

ta que se dedicaron al estudio de la epopeya virgiliana, con el fin de mostrar una cosmovisión literaria centrada en la exégesis moral de los clásicos.

Tras un capítulo introductorio, en el que se ubica a Donato y Fulgencio como los antecedentes más directos de la lectura epideíctica que se hace de la *Eneida* en la época señalada, Petrarca es el primero de los autores analizados en profundidad. De entre todas sus obras, el *África* es la que cobra un mayor protagonismo, ya que en ella se descubren numerosas correspondencias con el texto de Virgilio: tanto su estructura como la concepción de algunos personajes —especialmente la de Escipión, presentado como nuevo héroe de la *pietas* romana, y Sofonisba, *alter ego* de Dido—, apuntan a la hipótesis de que en la mente del poeta de Arezzo siempre estuvo presente el clásico latino. Sin embargo, las divergencias comienzan a acentuarse desde el momento en el que la retórica epideíctica se impone, en las nuevas creaciones poéticas, por encima de la *imitatio* del modelo. En aquellos casos en los que la visión de Virgilio no encajaba con las doctrinas morales de la época ni aun siendo interpretada en clave alegórica, se buscaban otras fuentes a las que poder recurrir sin que en la escritura se generasen situaciones controvertidas. Y es así como Petrarca, por un lado, siguiendo la versión de Justino, cita y alaba en su obra a una casta Dido, reina de Cartago trescientos años después de que arribara a sus costas Eneas y que eligió morir por mantenerse fiel a su marido, mientras que, por otro, conserva la reminiscencia de la Dido virgiliana bajo el personaje de Sofonisba, antítesis de la virtud, que alcanza el castigo de la muerte por sus acciones inmorales. Este desdoblamiento del personaje femenino de la *Eneida* que más relevancia ha tenido en la tradición literaria es retomado, bajo el subtítulo de «Las dos Didos de Boccaccio», en el tercer capítulo del libro. En éste se desarrolla la conjetura de que el amigo y discípulo de Dante, tras haber escrito la *Fiammetta* —obra en la que la heroína, ensalzada por sus virtudes, sigue el modelo generado por la Dido virgiliana—, al conocer a Petrarca, se ve fuertemente influenciado por la versión que aparece en el *África* de la reina de Cartago, *exemplum* de castidad. Pero, renuente a desdénar el modelo seguido por la protagonista de una de sus obras de juventud, Boccaccio hace posible la coexistencia del elogio de ambas Didos al asignarlas a dimensiones literarias distintas: la de la visión petrarquista como la más adecuada para obras escritas en latín y la virgiliana para obras en *volgare*.

En el capítulo cuarto, Kallendorf abandona momentáneamente el estudio de los poetas italianos del Trecento para centrarse en el análisis filológico de una *Eneida* aco-tada por Coluccio Salutati, destacado humanista que fue testigo del cambio de siglo. Algunos de los planteamientos hallados en los escolios, como el de que debía existir cierta relación mimética entre poeta y obra —es decir, que el autor debía llevar una vida ejemplar para poder reflejar fielmente en su escritura el orden moral que el hombre ha de seguir—, o el empleo del verso elevado —del mismo modo que lo hacía Virgilio— para ilustrar las verdades y misterios de la vida, son vestigios de la preceptiva formulada por Salutati en su *De laboribus Herculis*, teoría crítica que le consagró como férreo continuador de la tradición virgiliana, interpretada desde la retórica epideíctica predominante en la época. Pero la difundida tendencia a realizar una lectura de la *Eneida* como elogio de la virtud y condena del vicio, además de generar tratados teóricos y obras literarias en las que sus personajes tuvieran como modelos a los de la epopeya

latina, también derivó en la aplicación de otra variedad de recursos que buscaban potenciar la alabanza del héroe troyano. En el caso de Maffeo Vegio, a quien se le dedica merecidamente todo un capítulo, el procedimiento empleado fue el de la *amplificatio*. Escribió el libro decimotercero de la obra de Virgilio, conocido también como *Suplemento*, con el único propósito de intensificar la ejemplaridad de Eneas –para lo que realizó una larga comparación, a modo de panegírico formal, entre la rectitud del protagonista y los excesos de Turno– y reforzar la recompensa del héroe, que consideraba poco explícita en los últimos versos del texto latino, evocando las palabras pronunciadas por Júpiter en el Libro I con la promesa de divinizar al hijo de Venus.

El *Elogio de Eneas* concluye sus páginas con Cristóforo Landino, el crítico más importante de Virgilio en la segunda mitad del Quattrocento. Su principal aportación fue la de vincular *Odisea*, *Eneida* y *Divina Comedia* como textos que, tanto desde el punto de vista alegórico-filosófico como desde el gramático-retórico, se orientaban hacia el elogio de la virtud y la condena del vicio como consecuencia de la sucesivas influencias que habían ejercido unos sobre otros en la cadena temporal. Y aunque Landino centró la mayor parte de su estudio en las relaciones dadas entre las obras de los dos autores clásicos, a través del legado que había dejado Boccaccio sobre las afinidades existentes entre las vidas de Virgilio y Dante, pudo completar su labor y elevar el prestigio del poeta florentino –pese a la oposición de sus muchos detractores– a la misma altura del crédito del que gozaban los más notables humanistas de la época.

De este modo, Kallendorf parece terminar el recorrido por los autores y críticos seleccionados con la duda de si se hubiera podido inaugurar un capítulo más, dedicado a la figura de Dante, en una obra como la suya; una obra en la que se desvela al lector que, en el temprano Renacimiento Italiano, las figuras canónicas de la retórica epideictica se centraron en la interpretación de una *Eneida* y un Virgilio que, en la época, jamás pudo trascender ni proyectarse más allá del bien y del mal.

Eva ARIZA TRINIDAD
Universidad Complutense

Eneas Silvio PICCOLOMINI, *Cintia. Historia de dos amantes*, edición de J.M. Ruiz Vila, Madrid, Ediciones Akal, 2006, 160 pp.

El presente volumen de la colección «Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas», dirigida por el Prof. Montero Cartelle, en su entrega nº 19, recoge dos obras de Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), desenfadado fabulador, pero también erudito historiador, cosmógrafo, pedagogo, siempre gran prosista, quien en 1458 fue elegido papa, adoptando el nombre de Pío II, tras ser cardenal (1456) y obispo de Siena (1450), después de haberlo sido también de Trieste (1447). Se trata sin duda de una de las personalidades más relevantes del siglo XV italiano que, al alcanzar la cátedra de San Pedro, matizó algunos de sus postulados, además de renegar de ese período en el que cantó al amor. Así, en su crónica del Concilio de Basilea había adoptado tesis conciliaristas que abandonaría públicamente tras su elección, y, contra las esperanzas de los humanistas, sus esfuerzos no tendieron tanto hacia la actividad cultural cuanto hacia

la organización de una auténtica cruzada, para lo que convocó reuniones de príncipes y reyes en Mantua (1459-1460) y Roma (1463). Y ello aun cuando alababa la sabiduría de los florentinos que, a la hora de nombrar cancilleres, no tenían en cuenta, como la mayoría de las ciudades, el conocimiento del derecho, «sino la oratoria y los estudios que llaman de humanidad», y traía a colación el dicho de Galeazzo, príncipe de Milán, en guerra con Florencia, de que mucho más daño le hacían los escritos de Salutati que mil jinetes florentinos, tal y como nos recuerda el Prof. L. Gil (*Panorama social del humanismo español [1500-1800]*, Madrid 1997², p. 229).

La Introducción, precedida de un Índice de abreviaturas y una Cronología, consta de dos grandes apartados a los que se añade una completísima bibliografía. En el primero de ellos, «Semblanza de un humanista pontífice» (pp. 11-34), se recogen los datos más relevantes de la biografía de Eneas Silvio con la peculiaridad de que lo hace el propio Piccolomini a través de sus *Commentarii rerum memorabilium quae temporibus suis contigerunt*. Bien es cierto que el ya papa Pío II se olvidó de narrar «esa pequeña historia que tenemos todos y que se mimetiza entre los grandes acontecimientos» (p. 11), como, por ejemplo, sus frustrados amores en Siena con una muchacha llamada Ángela, o sus dos hijos ilegítimos, circunstancia que queda justificada por el hecho de que en realidad no pretendía una autobiografía detallada, sino una justificación de los años de pontificado. J.M. Ruiz, que ya ha dedicado más trabajos a la literatura erótica latina, estructura este apartado de la siguiente forma: «1.1. *In pueritia* (Comm. I.2). O de su infancia en Corsignano»; «1.2. *In urbem migravit* (Comm. I.2). O de su formación en Siena y Europa»; «1.3. *Concilium apud Basileam* (Comm. I.3). O del Concilio de Basilea»; «1.4. *Ad cardinalatum* (Comm. I.33). O de su carrera eclesiástica»; «1.5. *Apud latrinas* (Comm. I.36). O del cónclave en San Pedro»; y «1.6. *Pius II apellatus est* (Comm. I.36). O de sus años de pontificado». A este apartado sigue otro más breve dedicado a «Su legado literario» (pp. 35-42), que nos ofrece una interesante panorámica de la producción del «humanista pontífice», en el que se agrupan sus obras por grandes temas de la siguiente forma: «2.1. Historia, geografía y autobiografía: del *De gestis Concilii Basiliensis* a los *Commentarii rerum memorabilium*», epígrafe que pone de manifiesto la importancia que la historiografía tuvo en la vida de Piccolomini, como él mismo afirma (*De gestis* I.3.): «No sé cuál es esta calamidad mía o por qué el destino me empuja a no saber escaparme de la historia y emplear mi tiempo de forma más útil» (p. 35); «2.2. Epistolografía: de las cartas eróticas a la *Epistula in Mahumetum*», que nos acerca a uno de sus principales logros literarios. Gracias a estas cartas conocemos sus problemas, desvelos, esperanzas ... es así que la *Historia de duobus amantibus* no es más que una carta a Mariano Sozzini que, a su vez, está compuesta por varias cartas entre los enamorados; «2.3. Poesía: de la *Ecloga* al *Liber epygrammaton*» –incluida *Cintia*–, la que ha sido considerada «parte menor» de la producción de Piccolomini, a quien, como él mismo reconoce, las Musas no habían dotado con el don de la poesía. El total de su producción poética no va más allá de cien composiciones, sin incluir la comedia *Chrysis*, en imperfectos septenarios trocaicos. A pesar de ello fue coronado *poeta laureatus* por Federico III (1442); y «2.4. Drama: la comedia *Chrysis*», obra de corte plautino a la que da título el nombre de la cortesana protagonista de la *Andria* terenciana. A estos dos apartados sigue un tercero dedicado

a la Bibliografía (pp. 43-54), completísimo, que, para una más fácil consulta, aparece dividido en tres apartados dedicados a: «3.1. Ediciones, traducciones y estudios», de cada uno de los bloques de obras –obra autobiográfica, historiográfica, geográfica, epistolar, poética, dramática–; «3.2. Estudios generales sobre su vida y su obra»; y «3.3. Pío II».

Cintia (pp. 55-87) supone la primera traducción completa a nuestra lengua de los veintitrés poemas, conservados en un único manuscrito, de tono erótico que componen el conjunto destinado a Angela Acherisi, a quien Piccolomini conoció durante sus años en la universidad de Siena. A la traducción, conveniente y atinadamente anotada, como el conjunto del volumen, le precede una Introducción que nos informa de las principales cuestiones a tener en cuenta: fecha de composición; el manuscrito Chigi, único conocido en la actualidad y conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana; la *docta varietas*, con la que Piccolomini, al igual que Catulo y Propertio, integra en el conjunto no sólo poemas dedicados a la amada, sino también otras composiciones –a Cintia, a sus amigos, a Virgilio, epitafios, poemas eróticos, y otros temas–; y las fuentes clásicas: Propertio, Ovidio y Virgilio. Cada poema va precedido de una breve nota contextualizadora.

Historia de dos amantes (pp. 89-152) sigue el mismo esquema, de suerte que en la Introducción se nos informa en primer lugar sobre el argumento y la estructura de la obra, ya que la fecha de composición no supone un problema, porque el propio autor puso fecha a la carta: 3 de julio de 1444. A continuación, se aborda uno de los aspectos más destacados de la obra, a saber, el de los personajes, la elección de los nombres –todos ellos mitológicos– realizada de forma cuidadosa y que, conociendo su papel en los clásicos, nos permiten tener una primera idea de cuál será su comportamiento en la obra, que narra el amor de Lucrecia, noble matrona de Siena, por Euríalo, caballero de la corte del emperador Segismundo. Tras su enamoramiento, los amantes intercambiarán cartas hasta conseguir, tras varios intentos fallidos, el deseado encuentro, para lo cual habrán de burlar a Menelao, esposo de Lucrecia. A continuación, el tercer apartado se ocupa de las fuentes clásicas, medievales y renacentistas, sobre todo las *Heroidas* de Ovidio, el *De amore* de Andreas Capellanus, y el *Decamerón* de Boccaccio, de quienes el autor tomó en algunas ocasiones citas textuales y en otras sólo motivo de inspiración: todos los pasajes se consignan en la traducción, en notas a pie de página.

Finalmente, cierran el volumen un Apéndice (pp. 151-152), con el texto de la «Bula por la que Federico concede al poeta Eneas Silvio Piccolomini la corona de laurel», y un Índice de nombres (pp. 153-158), con una breve noticia de cada uno.

Valiosa obra, en conclusión, tanto por su estudio introductorio, que supone un atinado y ameno acercamiento al humanista pontífice, de la mano de sus propios *Commentarii*, y a su legado literario, cuanto por la elegante y literaria traducción de estas obras eróticas que sólo pueden emanar de una mano enamorada. Pues como el propio autor dice al final de la *Historia de dos amantes*: «¿Quién sería capaz de escribir, quien de cantar, quién de pensar en la pena de sus almas sino aquel que alguna vez ha enloquecido de amor?» (p. 150).

Antonio LÓPEZ FONSECA
Universidad Complutense

Giuseppe SGUBBI, *Giurisdizione civile ed ecclesiastica di Imola e Faenza in epoca romana*, Solarolo, 2006.

Il lavoro di G. Sgubbi, *Giurisdizione civile ed ecclesiastica di Imola e Faenza in epoca romana*, si inquadra nell'ambito degli studi topografici dell'Italia antica, e propone un approccio nuovo e originale al tema dei confini della zona emiliano-romagnola. All'argomento l'autore ha già dedicato numerosi saggi e articoli che hanno gettato nuova luce su luoghi, eventi e presenze storiche di età romana, tardoantica e medievale: *Il Sillaro confine della Romagna*, Ravenna 2003; *Solarolo dalla antichità al Mille*, Ravenna 1992; *Il Senio l'antico Tiberiacum*, Ravenna 2002; *Un enigma di Pieve Ponte: il titolare S. Procolo*, Ravenna 2003; *Sulla località Quinto dove nel 536 D.C. fu ucciso il re dei Goti Teodato*, Stuttgart 2005 (Historia 2); «Dai primi abitanti alla colonizzazione romana», in *Storie di un millennio*, Russi 1993; *I confini Solarolesi*, Solarolo 1987; *Il confine romano fra Imola e Faenza era segnato da due «Quintari»*, Solarolo 2006. Già solo i titoli sono indicativi degli orientamenti e degli interessi che hanno stimolato la ricerca. Sulla base di dati archeologici, antropologici, storici, urbanistici, e di una ricchissima documentazione (in bibliografia compaiono più di seicento opere consultate) questo lavoro propone risposte ardite e innovative, ma plausibili e motivate, a una serie di problemi che finora non hanno trovato soluzioni definitive, primo fra tutti l'esistenza in età augustea di una regione denominata *Aemilia*, territorialmente corrispondente all'attuale regione Emilia-Romagna. Contro il parere della maggioranza degli studiosi, Sgubbi, dopo attenta valutazione delle fonti storiche e documentarie, giunge alla conclusione che tale regione non esisteva. Fissato questo punto, lo studioso si prepara ad affrontare un'altra *vexata quaestio*, e cioè il confine civile fra Vicariato Annonario e Vicariato Suburbicario, e il confine ecclesiastico tra metropoli romana e metropoli milanese, al fine di precisare la posizione giurisdizionale di Imola e di Faenza nella tarda romanità. L'autore passa in rassegna criticamente i contributi di altri studiosi, e, sulla base di una documentazione ricca e varia, giunge alla conclusione che con ogni probabilità Imola e Faenza non dipendevano da Milano, ma da Roma. Il denso e incisivo lavoro di Sgubbi propone tematiche e prospettive che aprono il campo a nuove ipotesi di lavoro: se le sue conclusioni sono valide, alcune pagine della storia ecclesiastica dell'Italia settentrionale dovrebbero essere riscritte.

Edi MINGUZZI
Università degli Studi di Milano

Andrés BARCALA MUÑOZ, *Biblioteca antijudaica de los escritores eclesiásticos hispanos. Volumen I: Siglos IV-V*, Madrid, Aben Ezra Ediciones, 2003, 320 pp.

Andrés BARCALA MUÑOZ, *Biblioteca antijudaica de los escritores eclesiásticos hispanos. Volumen II: Siglos VI-VII. El Reino Visigótico de Toledo*, con la colaboración de Matilde Conde Salazar y Dolores Lara Nava, Madrid, Aben Ezra Ediciones, 2005, 206 pp. (parte primera) + 680 pp. (parte segunda).

El autor de esta vastísima obra en tres volúmenes (en total, más de 1200 páginas) nos da en la Introducción las claves sobre las razones y el éxito de la polémica anti-

judía en los escritores cristianos durante siglos. El hecho de que la religión cristiana y el judaísmo hayan competido en los mismos lugares durante un larguísimo período de tiempo y de que ambas religiones, a pesar de partir de las mismas fuentes, interpreten de manera distinta las ideas teológicas y cosmológicas, ha convertido la polémica antijudía en la más duradera de la historia del cristianismo, tanto en Oriente como en Occidente. Los temas y argumentos fundamentales de esta polémica, que se caracteriza por su tendencia a la fijeza, la reiteración, el estereotipo y la simplificación, son las acusaciones mutuas entre cristianos y judíos, con la particularidad de que las acusaciones de los cristianos son más fuertes, puesto que necesitan reafirmar su religión, nueva frente a la judía, y aumentan cuando las comunidades judías adquieren suficiente poder como para constituir una amenaza que hay que neutralizar. Por otro lado, los autores de los escritos, los obispos hispanos de los siglos IV y V, eran personalidades muy importantes en su época, puesto que realizaban muchas funciones, tanto religiosas, ya que eran la máxima autoridad jerárquica de la Iglesia y su principal referente doctrinal, como político-sociales, ya que tenían mucho poder civil, a veces en territorios mayores que su diócesis, y eran importantes figuras intelectuales.

La obra comienza haciendo, en la Introducción, un recorrido por los aspectos fundamentales de la polémica, que prácticamente supone una historia del cristianismo y la Iglesia, que desarrollará en la «Primera parte: Cuestiones previas». Así, habla (capítulo I) de las versiones de los textos bíblicos y del gran problema que supone fijar el verdadero texto, su traducción y su interpretación, puesto que los judíos se burlan de que, cuando se trata un tema sacado de la Biblia, haya varias versiones, algunas de las cuales dicen cosas incompatibles entre sí. Al hilo de esto, hace un recorrido por las distintas versiones griegas y latinas de la Biblia y se detiene en las dificultades y críticas que Jerónimo encontró en su labor de unificación y depuración de errores (por ejemplo, de Agustín), lo que da una idea clara de lo lento y complicado del proceso. También aborda la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento (capítulo II) y los problemas de exégesis que planteó el hecho de que el Antiguo y el Nuevo Testamento se mantengan como partes de una misma Escritura canónica (capítulo III). Otra de las cuestiones previas que estudia (capítulo IV) son los géneros literarios en que se plasma la polémica (tratados, sermones, epístolas, panfletos, etc.) y los temas concretos que aborda (la divinidad y el mesianismo, la caducidad de la Ley mosaica y sus prescripciones, la infidelidad del pueblo judío, la preferencia de Dios por los cristianos y las consecuencias negativas para los judíos).

Después de una introducción y unas cuestiones previas muy esclarecedoras, el primer volumen ofrece los textos de los autores eclesiásticos hispanos situados cronológicamente entre los siglos IV y V:

- el Concilio de Elvira, cuatro de cuyos cánones se refieren a las relaciones de los cristianos con los judíos,
- Juvenco, cuyo poema la *Historia Evangelica* encierra un antijudaísmo latente,
- Prisciliano, que en diez de sus *Canones in epistulas Pauli*, de intención claramente polémica, se refiere a algunas cuestiones relacionadas con los judíos,

- Paciano de Barcelona, que incluye a los judíos entre los herejes en las *Cartas a Sempronio*,
- Gregorio de Elvira, que en sus *Tractatus Origenis* ofrece una catequesis aderezada de argumentos antijudíos,
- Prudencio, que ataca directamente a los judíos en su poema *Apotheosis*,
- Orosio, que manifiesta una ideología antijudaica historicista en sus *Historiarum adversus paganos libri VII*,
- Eutropio, que en varias obras se dirige contra los judíos, centrándose a veces en el tema de la circuncisión,
- Severo de Menorca, que nos permite conocer algunos datos sobre la sociedad menorquina de su época y la situación de los judíos,
- Consencio, que en su *Liber XXI sententiarum* dedica la sentencia 2 a la verdadera Pascua, partiendo de *Éxodo*, 12,
- la *Altercatio Ecclesiae et Synagogae*, disputa anónima que recoge las réplicas de los judíos.

El segundo volumen, compuesto en realidad por dos libros, comienza con una extensa Introducción sobre la sociedad hispana de los siglos VI y VII y la situación de la minoría judía que vive entre los hispanorromanos –que se han fusionado con los bárbaros– y sufre las medidas de todo tipo que se adoptan contra esta comunidad. Después siguen una bibliografía general y las siguientes cuestiones previas: la legislación civil visigoda (capítulo I), la actividad conciliar y la legislación canónica (capítulo II), la lucha contra el proselitismo judío (capítulo III) y el ataque a los fundamentos del judaísmo (capítulo IV). La parte segunda del volumen II ofrece los textos de los siglos VI y VII:

- Fuentes de la época de Alarico II, especialmente el *Breviario*,
- Fuentes de la época de Recaredo y el Concilio III de Toledo,
- Fuentes de la época de Sisebuto,
- Fuentes de la época de Sisenando y el Concilio IV de Toledo,
- Isidoro de Sevilla, intelectual que, ajeno a la intolerancia que reina en su época, manifiesta un discreto antijudaísmo escriturístico, alegórico y literario,
- Fuentes de la época de Chintila y el Concilio VI de Toledo,
- Fuentes de la época de Recesvinto y los Concilios VIII-X de Toledo,
- Ildefonso de Toledo, que en su obra *De virginitate perpetua S. Mariae contra tres infideles* ataca a un judío anónimo, probablemente representante de todos los judíos,
- Tajón de Zaragoza, que sólo en *Sententiarum libri V* recoge alguna acusación habitual de la polémica antijudía,
- Fuentes de la época de Ervigio y los Concilios XII y XIII de Toledo,
- Julián de Toledo, cuya obra antijudía más importante es *De comprobatione sextae aetatis*, donde intenta probar que Cristo ya ha venido,
- Fuentes de la época de Égica y los Concilios XVI y XVII de Toledo.

La estructura general de cada uno de los capítulos dedicados propiamente a los textos tiene cuatro partes: el estado de los conocimientos actuales sobre los autores y sus obras, el análisis de las obras y los temas polémicos, la traducción de los pasajes

más significativos (la versión española de los textos griegos es de Dolores Lara y la de los latinos de Matilde Conde) y la bibliografía específica. Estos textos ponen de manifiesto que la cuestión judía ha pasado a ser una cuestión de estado en la que intervienen los reyes y que lleva aparejados temas más concretos y relacionados con la convivencia entre judíos y cristianos en la vida cotidiana: la posesión de esclavos cristianos por los judíos, la conversión de los judíos, los bautizos, la posesión de bienes, etc.

La polémica antijudía hispanorromana se debe a la pluma de Padres de la Iglesia, mientras que la hispanovisigoda se debe no sólo a autores como Isidoro o Braulio, sino también a documentación legislativa y eclesiástica. De manera que tenemos ante nosotros un corpus de una extraordinaria amplitud y heterogeneidad, lo que hace especialmente valioso el trabajo de Andrés Barcala, gran conocedor de la realidad social e histórica y de la problemática religiosa de este largo período de tiempo, quien nos ayuda a comprender diversos aspectos sociológicos, religiosos e históricos de un período amplio de la Península Ibérica en que convivieron distintas comunidades, así como ciertas claves de la historia del judaísmo en este territorio. También es importante destacar que el volumen ofrece por primera vez la traducción al español e incluso a una lengua moderna de textos muy relevantes para esta polémica, por ejemplo, los jurídicos.

Por otro lado, esta obra ingente, fruto, sin duda, de muchos años de investigación, ofrece bibliografías generales e índices de citas bíblicas y patrísticas, de materias y de nombres muy útiles. Es una pena que la extraña división en tres tomos de la *Biblioteca* deje sin índice de contenidos al tercer tomo, el más grueso, y sin los otros índices al segundo.

Cristina MARTÍN PUENTE
Universidad Complutense de Madrid

Pedro CONDE PARRADO - Javier GARCÍA RODRÍGUEZ (eds.), *Orfeo XXI. Poesía española contemporánea y tradición clásica*, Gijón, Cátedra Miguel Delibes - Libros del Pexe, 2005, pp. 298.

Nace este libro como plasmación en letra de unas jornadas de estudio que, con el mismo título, se tuvieron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid los días 25 y 26 de noviembre de 2004, organizadas por la Cátedra Miguel Delibes de Literatura Contemporánea en colaboración con la Delegación vallisoletana de la SEEC. Hubo en esas jornadas, por una parte, cuatro conferencias y, por otra, lecturas poéticas a cargo de cuatro poetas contemporáneos (Luis Alberto de Cuenca, José Luis García Martín, Eloy Sánchez Rosillo y Aurora Luque), que escogieron de su producción aquello que estaba más en relación con la cultura grecolatina.

La obra consta de dos secciones de desigual extensión: una primera (pp. 9-100), que ocupa un tercio del libro, es reproducción de las conferencias; y una segunda (pp. 101-280), que ocupa los otros dos tercios, es una selección de poemas españoles contemporáneos (todos o casi todos sus autores son nacidos en la segunda mitad del siglo XX) referentes a la mitología, literatura o cultura en general de Grecia y Roma,

poemas implicados en la tradición clásica. Antes del índice general del libro, hay también un índice de procedencia de los distintos poemas seleccionados.

Las conferencias forman dos conjuntos: dos dedicadas a la perduración en la poesía española contemporánea de dos géneros antiguos, el epigrama (a cargo de Begoña Ortega Villano, de la Universidad de Burgos) y la elegía (por Francisco Díaz de Castro, de la Universidad de las Islas Baleares), y otras dos referentes a la presencia en nuestro panorama poético actual de las figuras míticas de Orfeo (por Jorge Fernández López, de la Universidad de La Rioja) y de Ulises (por uno de los editores, Pedro Conde Parrado, de la propia Universidad de Valladolid).

Begoña Ortega desvela en su intervención (pp. 9-28), de forma muy ordenada, cómo ha sido en los poetas actuales la presencia del epigrama clásico, en sus dos vertientes de epigrama de tono más lírico, ligado en especial a la forma del epitafio y con modelo en los muchos de ese tipo que hay en la *Antología Griega*, y de epigrama satírico, con modelo en Marcial, refiriéndose a autores como Luis Alberto de Cuenca, Enrique Badosa, José Agustín Goytisolo, Víctor Botas, José Luis García Martín o Javier Almuzara. queda muy clara esa vinculación con lo grecolatino, a pesar del tiempo; siguen seduciendo hoy esas dos llamadas. Yo hubiera señalado también, en el caso del epigrama epitáfico y descendiente de la *Antología Griega*, la evidente mediación e impronta de Cavafis, cuyas composiciones de este tipo, e insertas en dicha tradición, se pusieron muy de moda, como se sabe, en la poesía culturalista española de la segunda mitad de la centuria.

A Francisco Díaz de Castro le corresponde (en pp. 29-55) el análisis de la elegía en la poesía española reciente, y así, distingue y ejemplifica los varios ámbitos temáticos del género: las elegías metapoéticas que expresan la decepción ante la propia literatura, los motivos elegíacos en relación con la muerte de animales, en relación con las ruinas, las elegías-homenaje a un personaje en la coyuntura de su muerte, y concretando en este grupo, elegías a la muerte de familiares y, con más concreción aún, elegías a la muerte del padre. Los ejemplos están sacados de poetas como Guillermo Carnero, Aurora Luque, Luis Alberto de Cuenca, Felipe Benítez Reyes, Jorge Guillén, Antonio Jiménez Millán, Ángel González, Jaime Siles y otros. Pero, a pesar de que en el título –bien es verdad– no se dan expectativas en ese sentido, pues reza sólo como «Formas de la elegía en la poesía española reciente (notas de aproximación)», echo en falta, no obstante –por paralelismo con la intervención anterior sobre el epigrama– la indagación de vínculos de todos estos tipos elegíacos con la elegía grecolatina antigua, cosa que para mí está muy clara en casi todos los ámbitos señalados; echo en falta también el planteamiento de la cuestión, verdaderamente llamativa, de la progresiva reducción en la posteridad literaria de lo elegíaco antiguo (que comprendía también, y muy especialmente, la queja amorosa subjetiva, como Catulo, Tibulo, Propertio y Ovidio enseñan) a casi únicamente lo fúnebre, o al menos predominantemente. Me hubiera parecido igualmente oportuno haber echado una ojeada a lo que pudiera haber de poesía del siglo XX basada en la experiencia del destierro, y a su posible deuda o conexión con las *Tristes* y *Pónticas* de Ovidio. Pero claro está que el espacio disponible no daba para tanto, y con la apostilla de «notas de aproximación» ya queda suficientemente justificado el autor, que, de acuerdo con su propósito, ofrece un amplio y variopinto panorama y cumple muy bien con su objetivo.

Con el título inquietante de «Orfeo ya no vive aquí», Jorge Fernández, destacado especialista de la Tradición Clásica, nos aporta, paradójicamente en relación a su título, testimonios fehacientes de que Orfeo aún no se ha marchado y sigue teniendo su casa aquí, en la última poesía española. Aunque las referencias múltiples, muy de agradecer, que se dan por doquier, y especialmente en las notas, nos hablan de un panorama órfico en nuestra poesía de una amplísima envergadura, el autor, por razones de espacio, se detiene a poner de relieve y comentar brevemente sólo poemas de Ángel González, Ángel Crespo, Antonio Martínez Sarrión, Justo Jorge Padrón, Aníbal Núñez, Víctor Botas, Abelardo Linares, y con algo más de extensión, de Antonio Colinas y Guillermo Carnero, analizando muy convincentemente los modos de recreación mítica en cada caso y señalando la pervivencia tanto del Orfeo de la leyenda y de la literatura como del Orfeo de la mística y la religiosidad que lleva su nombre. Y así concluye el autor que, aunque el mito antiguo no tiene en nuestra reciente poesía tan asidua presencia como en siglos anteriores (el mito antiguo, podríamos decir, «sólo intermitentemente vive aquí»), el personaje de Orfeo sí es, en este sentido, de los más privilegiados.

La última conferencia, de Pedro Conde Parrado, apunta a la pervivencia odiseica, y concluye, como cabía esperar, en lo copiosísimo de la cosecha. Ulises es una figura muy del gusto del siglo XX y muy manipulada en las letras de estos últimos cien años, y la poesía reciente de España no es en ello ninguna excepción. El autor nos ofrece el valioso dato de que en una amplísima selección, hecha por él, de poemas –más de seiscientos– de tema clásico recogidos de la literatura española de la segunda mitad del siglo XX, más o menos un veinticinco por ciento –esto es: más de ciento cincuenta– están en relación con algún aspecto de la *Odisea*, lo cual puede darnos idea del prestigio actual del personaje entre los poetas hispanos. Se señala acertadamente cómo la novela de Joyce, su *Ulises*, y el conocido poema «Ítaca» de Cavafis, han sido factores de «remitificación» del personaje, especialmente tenidos en cuenta por los subsiguientes artistas de la palabra. Eso me parece evidente, y no tanto, en cambio, o en muy poca medida, que las recreaciones dramáticas españolas de Torrente Ballester, Buero Vallejo, Gala y Savater hayan sido también agentes de mediación para nuestros poetas, como se apunta en p. 85. Se comentan en particular muestras reveladoras, y de una gran calidad, como el «Ulises» de Javier Salvago (estoy plenamente de acuerdo con la valoración superlativa que de este poema hace Conde Parrado, como ya también la hizo Arcas Pozo en *Exemplaria* 3 [1999] 177-184), pieza que es patentemente deudora de Joyce. Cuando se hace inventario de los temas odiseicos más representados (las mujeres, Ítaca como meta, el regreso...), se alude a ejemplos destacables de muchísimos poetas, tales como Aurora Luque, José Luis García Martín, Luis Alberto de Cuenca, Silvia Ugidos, Federico Silva, Enrique Badosa, Amalia Iglesias, Andrés Trapiello, etc. Muy diferentes simbolismos –señala el autor– ha tenido en nuestros poetas la Ítaca de la *Odisea*. Se hace recuento de algunos de ellos, entre los cuales creo que debería añadirse el de Ítaca como inmortalidad ultramundana frente a la vida misma mundana del hombre, evocada en el viaje largo y arriesgado, simbolismo este que cuadra bien y acaso subyazca a muchos poemas que, en la senda del de Cavafis (¿también en Cavafis?), insisten (revistiendo con palabras el viejo tópico del

carpe diem) en la necesidad de aferrarse al ahora del camino, sin preocuparse mucho de la incierta meta ulterior: mensaje muy a tono con la ilustradísima mentalidad contemporánea. Es el citado poema de Cavafis el responsable, sin duda, de esa desesperanza en el regreso que se anuncia en los primeros versos de poemas como los de Enrique Badosa, «Mal consejo a Ulises» («¿Para qué quieres regresar a Ítaca?»), y de Joaquín Galán, «La vuelta de Ulises» («¿Por qué vuelves, Ulises?») –citados y comentados por el autor–, como responsable era también aquel poema, muy probablemente, del título dramático de Antonio Gala *¿Por qué corres, Ulises?*, de 1975: testimonios, en suma, todos ellos de la habitual desmitificación que se opera en la literatura contemporánea con los héroes establecidos, asunto del que ya hablé y que ejemplifiqué con textos, relativos a Ulises, de Cavafis, Gala, Borges, José Hierro y Fernando Savater («La literatura clásica desde nuestra cultura contemporánea», en F.J. Gómez Espelosín - J. Gómez Pantoja (eds.), *Pautas para una seducción*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1991, pp. 225-239, y especialmente pp. 231-235: «El enfrentamiento a los mitos: Ulises»), y lo es también del poema «Peregrino» de Cernuda, reproducido por el autor, junto a otros varios, en estas agudas y eruditas páginas. Resulta muy útil, en verdad, para el investigador de la tradición clásica el panorama que aquí se dibuja, y las conclusiones no sólo están firmemente asentadas en los datos ofrecidos, sino que mueven al diálogo y a la observación del detalle (eso es lo que he querido mostrar yo en esta reseña).

Siendo lúcidas e ilustradoras las conferencias, aún lo es más la antología de textos: se trata de una selección magnífica de poemas, que revelan directrices y tendencias, tanto de preferencias hacia determinados temas o autores antiguos (Ulises y Catulo destacan por todo lo alto y se llevan la palma), como de modalidades de tratamiento (la desmitificación, la ironía y la burla ganan definitivamente la batalla). Las muestras están muy bien impresas y presentadas, sin erratas, con la información paratextual estrictamente necesaria. He de confesar que ha sido para mí un gozoso placer sumergirme en esta antología y hallar muchas estupendas muestras de clasicismo escondidas en los poemarios actuales de nuestros poetas, piezas algunas de una particular agudeza y de una gran calidad literaria. Son un total de 142 poemas, si no he contado mal: no sólo, como decía, un gozoso pasto de lectura para el interesado en el asunto, sino una útil cantera de materiales para la docencia de la cultura, la literatura, la mitología y la tradición clásica. Renuncio a destacar poemas concretos, pues casi todos los antologados son, como suele decirse, de antología. Pero muy bien podría resumir el conjunto aquí recogido este sincero testimonio de Santos Jiménez (de su libro *Diario de un albañil*, Salamanca, C.E.L.Y.A., 2001), que se titula «Me gustaría saber latín. Cinco de mayo»:

Todo lo que pensaba escribir
lo están diciendo los antiguos:
los trabajos, las ruinas, el sexo.
La ignorancia y miles de años
me separan de ellos.
Lo están cantando todo:
la bella muchacha,

el bello muchacho,
los dientes caídos,
las cargas de hacienda,
la guerra, la guerra, la guerra.
Catulo, Catulo, con ese ya no hay cuenta,
pues es un libro abierto
como corazón de torero:
los besos más sublimes
en los vasos más labrados,
el miembro del anciano
con el deber cumplido,
las violetas, las estrellas,
las caderas, los mimbres,
el miedo...,
y esas diosas creadas para el consumo interno.
Lo están cantando todo.
Yo aquí lo dejo
y me tumbo a que me prendan
los latines que no entiendo.

Entusiasma la cosecha que aquí han llevado a cabo los editores, Pedro Conde Parrado y Javier García Rodríguez, quienes nos prometen en la presentación continuar su trabajo en una «gran antología de poesía española contemporánea de tradición clásica», que ya esperamos con inquietud.

Estudios muy interesantes sobre la tradición clásica contemporánea en España y materiales para ahondar aún más en ese estudio: tal es lo que tenemos en este magnífico libro, digno de ser ampliamente difundido.

Vicente CRISTÓBAL
Universidad Complutense

Juan SIGNES CODOÑER - Beatriz ANTÓN MARTÍNEZ - Pedro CONDE PARRADO - Miguel Ángel GONZÁLEZ MANJARRÉS - José Antonio IZQUIERDO IZQUIERDO (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra, 2005, 610 pp.

El libro que nos ocupa constituye una importante aportación al estudio de la tradición clásica y de los autores griegos y latinos que han ido conformando siglo tras siglo la tradición cultural de nuestra civilización. Es un volumen colectivo en el que domina la uniformidad en los trabajos (a los que hemos querido dedicar unas breves líneas, a pesar de su amplitud), y una buena ayuda para los que nos dedicamos a este campo de la tradición clásica. Tiene un mérito inigualable: que no se limita, únicamente, a la tradición de la literatura, sino que, por su carácter general, atiende a todo lo relativo a la perduración de cualquier elemento de la Antigüedad clásica, como la historia, la medicina, la lengua, la arqueología, la ciencia, la filosofía, retórica, poética, etc. El título de la presente obra recuerda la vasta enciclopedia *Lectiones anti-*

quae (Venecia 1516), de Celio Rodiginio, de donde los editores, como indican (p. 23), lo tomaron en préstamo y homenaje, por la similitud que presenta su contenido con la obra renacentista.

Abre el libro un índice de la materia tratada, sigue el índice de cincuenta y dos colaboradores, de distintas universidades, conocedores de la materia asignada, que se han ajustado en sus trabajos a las directrices marcadas por los editores para conseguir el equilibrio propuesto: que el trabajo no supere las tres páginas, que se ofrezcan cinco títulos de bibliografía selecta y que se ofrezca algún texto referente al contenido expuesto. Son trabajos concisos, precisos, muy bien elaborados y documentados, que ofrecen al lector datos cronológicos y noticias de gran interés. Los contenidos están estructurados siguiendo un orden cronológico y temático, de ahí que el desarrollo de la materia se encuadre siguiendo un eje diacrónico y sincrónico.

Sigue una Introducción (pp. 15-34), en la que los editores reflexionan sobre la actualidad de los clásicos y afirman que el pasado clásico ha ido conformando la mentalidad europea contemporánea, aunque ésta no sea consciente de la deuda contraída con el legado grecorromano. Presentan el libro dividido en diez secciones temáticas de diferente extensión. Señalan que las dos primeras se ocupan de la Antigüedad, una de las partes más novedosas del libro. La tercera se ocupa de la interferencia del cristianismo con el paganismo en el seno del Imperio romano. La cuarta sección se centra en el mundo tardo-antiguo y en la destrucción de la unidad cultural del Mediterráneo. La quinta analiza cómo el legado antiguo pasó a la Edad Media de Occidente, al ámbito de Bizancio y al mundo árabe (la cultura clásica se transmite en los monasterios). La sexta sección trata de revelar cómo en la Baja Edad Media la cultura occidental se enriquece con el aporte griego que llega a través de los árabes. La séptima es una de las más conocidas e interesantes, ya que se ocupa del Renacimiento, período en el que lo clásico estaba de moda y era el canon a imitar en las artes, la ciencia y la cultura. La sección octava, dedicada al Barroco, parte de un estudio general sobre la *Querelle* de los antiguos y de los modernos. La novena se ocupa de la Ilustración, y la última sección, titulada «revolucionarios y románticos», recoge la nueva actitud que la sociedad mostró frente al pasado clásico.

Tras las palabras de los editores, C. García Gual, en «Apuntes sobre la tradición de la literatura clásica», considera que toda tradición supone una previa valoración, una selección y una reinterpretación de lo que se transmite. Indica que las obras calificadas de clásicas son las que parecen ofrecer una lección perdurable y se definen como paradigmáticas. El conjunto de estas obras es lo que constituye el «canon» de la literatura, de la que forman parte los autores griegos y latinos. V. Cristóbal López sintetiza en pocas palabras: «Sobre el concepto de tradición clásica», y como buen filólogo recuerda la etimología de la palabra tradición, que significa «dar a través de una serie de mediadores». Afirma que es el término más exitoso para hablar de las secuelas de la cultura y literaturas grecolatinas, aunque con él coexistan los de pervivencia, influencia, presencia, legado, herencia y recepción. Aporta ideas para una mejor comprensión del término y asegura que los estudios de tradición deben ser de carácter histórico comparativo, entre elementos culturales unidos por el nexo de la dependencia, directa o indirecta, de los cuales el emisor debe pertenecer a la cultura de Grecia o de Roma.

En todas las secciones se extrae lo esencial de la materia y se seleccionan las figuras más destacadas y los acontecimientos más significativos del período. Al ser muchos los participantes en los trabajos y existir gran variedad temática, he creído conveniente e interesante recopilar lo fundamental de cada contribución, para que la reseña sea un espejo del libro.

La primera sección (pp. 35-78), estructurada en seis temas, comienza con «El paso de la oralidad a la escritura en la Grecia Arcaica y clásica», buen trabajo de J. Signes Codoñer donde trata de explicar con claridad el paso de la oralidad a la escritura, la vinculación de la tradición oral a la democracia y la vinculación de la escritura a la tiranía, recordando que los Pisistrátidas impulsaron la escritura al servicio de sus intereses, contrarios a los de la aristocracia. Al margen del debate en torno al carácter oral o escrito de la poesía griega, indica que a partir del siglo V y en el IV la prosa adquiere cualidades literarias propias. Sigue «Retórica y Poética en la Grecia Antigua» (pp. 44-50), donde Fco. Lisi señala la importancia que la oratoria tuvo para los griegos; según fuentes antiguas, el nacimiento de la retórica se debe a los siracusanos del siglo V a.C. Tisias y Córax, y las mejores contribuciones a Isócrates, Aristóteles y Teofrasto. La Poética, en cambio, se desarrolló en Grecia como consecuencia de la preocupación sofística por la lengua y su correcto uso: los textos más antiguos se encuentran en el Ión, la República, las Leyes de Platón y la Poética de Aristóteles. A continuación, M^aC. Herrero Ingelmo, en «La Biblioteca de Alejandría y los clásicos griegos en Oriente», recuerda la labor del faraón Ptolomeo II Filadelfo, y que gracias a esta biblioteca, que encerraba los tesoros de la sabiduría griega, nos ha llegado la literatura griega anterior a este período; en esta biblioteca, los clásicos fueron tratados y sometidos a una labor de crítica textual, antes de sufrir una importante destrucción en el año 272 d.C. M. García Tejeiro, en «Sincretismo religioso helenístico», define el término «sincretismo religioso» como la influencia mutua entre religiones, es decir entre la religión griega y religiones orientales, como la persa, la egipcia y la babilónica; cuando el griego se impuso como lengua en todo el Oriente y se produjeron equiparaciones entre las divinidades de la religión griega y las de las orientales: se rompen barreras entre los pueblos, se tiende al universalismo y se producen influencias mutuas entre los cultos de los diversos pueblos, con un cierto auge de las religiones místicas y de la astrología. M. Brioso, en «La educación en el mundo helenístico», recuerda que el movimiento humanístico recupera la tradición didáctica griega que había sido continuada por Roma y que perdura modernamente como una de las principales bases de la cultura occidental; informa sobre la educación en el mundo helenístico, en el que se leían y memorizaban los textos de los poetas y no se valoraba la enseñanza científica, por lo que materias como Medicina o Arquitectura tenían un papel secundario en la educación. F. Muñoz Box intenta dar respuesta a los términos: «Filosofía, ciencia y técnica»: la filosofía o *sofía* es la suprema categoría del conocimiento, que se ocupa de las causas primeras y de los principios; la ciencia correspondería al término *epistémē* y se refiere a un grado de conocimiento superior, que comprendía las explicaciones racionales de todos los hechos naturales; la *tecné* tendría que ver con la artesanía y haría referencia a los artefactos creados por los artesanos.

La sección segunda (pp. 79-114), dedicada a Grecia y a Roma, se abre con el trabajo de J.I. Blanco Pérez, «Roma invade Grecia y Grecia invade Roma: fases del proceso», que afirma que los primeros contactos con el mundo griego se producen en torno al siglo VIII-VII a.C.: prueba de ello es que el alfabeto que los latinos toman de los etruscos, y que éstos habían tomado de los griegos. Sin embargo, el helenismo invade y conquista el pueblo romano en el siglo III-II a.C.: recuerda a los Escipiones, César, etc. Tr. Arcos Pereira, en «Retórica y filosofía», resalta la importancia que la retórica tuvo en la Roma del siglo II a.C.: el primer manual fue la *Rhetorica ad Herennium*: el pensamiento filosófico griego influyó en el mundo romano, sobre todo, el epicureismo y el estoicismo, este último cercano al espíritu y modo de vida de los romanos: los romanos aportan la creación de un vocabulario filosófico y la humanitas.

Moreno Hernández, en «La literatura latina y sus modelos griegos: época republicana y augústea», señala que la relación entre la cultura griega y la latina del siglo II a.C. no debe plantearse en términos de dependencia, sino de asimilación, dentro de un nuevo contexto creativo: los latinos, gracias al contacto con la cultura griega y a la imitatio, aemulatio y syncretis, alcanzan un alto grado de conciencia literaria; con brevedad se hace un recorrido por los distintos géneros literarios. Este mismo autor, en «La literatura latina y sus modelos griegos: época imperial», indica que en esta época hay dos circunstancias que condicionan la literatura latina: en primer lugar, la conciencia de lo clásico de la propia tradición romana y, en segundo lugar, la relación entre el poder imperial y la literatura, que condicionan la libertad de los escritores. E. Montero Cartelle, en «Ciencia y técnica en Roma», recuerda que el griego fue la lengua idónea para la expresión de la ciencia y de la técnica, como más tarde el latín sería la lengua científica internacional hasta el siglo XVIII, y hoy lo es la lengua inglesa: para los latinos la técnica (*artes*) era lo que consideraban ciencia; la literatura técnica recogía la aplicación de unos conocimientos y adoptó dos formas muy definidas: el manual y la enciclopedia.

A. Piñero Sáez abre la sección tercera, organizada en cinco trabajos (pp. 115-149), con «El judaísmo helenizado», señalando que hay testimonios que atestiguan los contactos entre Israel y Grecia desde el siglo VIII a.C.; considera que es un hecho cultural del judaísmo helenístico la traducción al griego de la Torá hebrea, y que el Nuevo Testamento, mezcla de tradición judía con lo mejor de la mística griega y de las religiones de misterios, es la obra más importante del judeohelenismo. J. Alvar Ezquerro, en «La herencia pagana de la religión cristiana», partiendo de la complejidad de los orígenes del cristianismo, que se fundamenta en la existencia de un solo Dios, va estableciendo una serie de paralelos con otros cultos y señala ciertas analogías con los rituales paganos en cuestiones como el bautismo, la eucaristía, la oración, etc.. E. Sánchez Salor, en «Del imperio pagano al imperio cristiano», recuerda que Orosio organiza su material historiográfico, según la doctrina de los cuatro imperios: babilónico, macedónico, cartaginés y romano; este último, según Orosio, es un imperio querido por Dios y se identifica con el cristiano; la *Roma aeterna*, capital pagana, se transforma en la *Roma sacra*, capital de la cristiandad. Este mismo autor, en «La cristianización de la literatura y el pensamiento paganos, el ámbito latino», subraya que en el siglo III era evidente la integración de la cultura clásica en el cristianismo: Tertulia-

no, Agustín y otros muchos se sirven de la cultura pagana, utilizan los procedimientos literarios que rigen la retórica pagana y asimilan los principios que rigen los géneros en la literatura latina. J. Signes Codoñer, en «La convergencia entre cristianismo y paganismo en el ámbito del pensamiento y la literatura griega», expresa que sería un error pensar que lo único que tenían en común los cristianos y los paganos era la lengua; resalta la labor de Tito Flavio Clemente que impulsó a los paganos a convertirse a su propia fe y a los cristianos al estudio de la filosofía pagana, y sugiere que la convergencia empieza con la cristianización de muchos pensadores griegos y cuando la Biblia se interpreta en clave filosófica, para que su mensaje coincida con el de los intelectuales griegos.

La sección cuarta (pp. 151-186) centra su interés en el mundo tardo-antiguo. D. Plácido Suárez ofrece una síntesis de lo que ocasionó «La ruptura de la unidad cultural del Mediterráneo»: indica que cuando se produce la división entre Oriente y Occidente la cultura clásica empieza a sobrevivir como cultura cristiana y el monasterio de Montecasino contribuye a la transmisión de la literatura y el de *Vivarium* a la copia de los textos clásicos; Justiniano luchó por la recuperación del clasicismo con el *Digesto* y el *Codex*; en el siglo VII la invasión persa y árabe hizo que Egipto, Siria y Mesopotamia se desgajasen de la herencia clásica. C. Codoñer Merino, en «El trivium y el quadrivium», explica que no siempre fueron las mismas disciplinas las que conforman las dos secciones de las artes liberales y hace un análisis de los autores que se han ocupado de la materia; el término *trivium* designa el grupo formado por la gramática, retórica y dialéctica, y el término *quadrivium* el grupo formado por la aritmética, geometría, música y astronomía. M^aA. Andrés Sanz, en «Ostrogodos y visigodos», recuerda que los ostrogodos se enseñorearon de Italia en los siglos V-VI, y los visigodos del sur de la Galia y de Hispania durante los siglos V-VII; en estos pueblos floreció la cultura de eco clásico: destacan Boecio, Casiodoro, Gregorio el Magno y san Isidoro de Sevilla; la cultura visigoda muere con la llegada de los árabes en el 711. J. Signes, en «La edad de Justiniano y los siglos oscuros de Bizancio», apunta que el reinado de Justiniano fue muy importante para la pervivencia del legado clásico, que estaba en manos exclusivamente cristianas; en el siglo VII, con el desmoronamiento de imperio, empieza la época más oscura de Bizancio, y en el siglo VIII aparece relegada la enseñanza de la tradición literaria griega. Fco. J. Andrés Santos se ocupa de «La codificación del derecho romano»: parte del *mos maiorum*, la Ley de las Doce Tablas, las constituciones imperiales, y recuerda los primeros ensayos de codificación desde Diocleciano, con los códigos *Gregorianus* y *Hermogenianus*, hasta la obra más importante, la codificación justiniana: *Corpus iuris civilis*.

En la sección quinta (pp. 187-223), dedicada a la Alta Edad Media, P. Conde Parrado, en «La transmisión de la cultura clásica en los monasterios», señala que el monacato fue la institución más característica de la Iglesia occidental en la Edad Media y contribuyó a conservar y transmitir el legado clásico, por la importancia que daban a la labor intelectual para el desarrollo de la vida comunitaria. M.A. González Manjarrés, en «Los renacimientos medievales», admite la existencia de tres renacimientos: el carolingio (VIII-IX), el otónida que se produjo en Alemania (segunda mitad del X) y el renacimiento del siglo XII; se ofrecen breves pero interesantes pinceladas de los periodos aludidos. R. Puig, en «El filohelenismo abbasí en ciencias y

filosofía», recuerda que la guerra civil entre Omeyas y Abasíes terminó con el triunfo de la dinastía abasí, que reinó desde mediados del siglo VIII hasta mediados del XIII, y que este cambio político-social favoreció el paso de la herencia clásica a la cultura árabe, plasmado en el interés por traducir textos de medicina, matemáticas, astrología, geometría, aritmética, filosofía etc. J. Signes, en «El primer renacimiento bizantino», parte de la identidad del Estado bizantino, heredero directo de la antigua Roma, al que muchos intelectuales abasíes habían negado la propia condición de griegos, por el poco interés que el legado griego suscitaba en la Bizancio del siglo IX; pero en el siglo X se impulsa el regreso a los clásicos con obras como la *Enciclopedia*, la *Geoponika* y los *Basílicos*. M^aJ. Muñoz y A. Aldama, en «Los florilegios», definen el florilegio como una recopilación de extractos de obras de diferentes autores –clásicos, cristianos o medievales– realizadas por un solo compilador, y recuerdan que era una práctica habitual para adquirir la cultura; se informa de las clases de florilegios, de los conservados en España y se señala que el valor de estas recopilaciones reside en ser receptoras y transmisoras de la cultura clásica.

La sección sexta (225-307), estructurada en doce trabajos, ofrece noticias sobre la Baja Edad Media. M. Forcada, en «La filosofía y las ciencias clásicas en AL-Andalus», recuerda el interés que los musulmanes sintieron por la medicina y la astronomía: con Abderramán III y Alaquem II se produce la recepción de las ciencias de los antiguos; la filosofía se desarrolla a partir del siglo XI y destaca Avempace. J. Martínez Gázquez, en «La recepción de la cultura griega en el occidente latino a través de mundo árabe», resalta la importancia que tuvieron las traducciones latinas para asimilar en Occidente la ciencia árabe, apoyada en la cultura griega: en el siglo XII Toledo se incorpora al trabajo de la traducción al latín de la ciencia griega; se crean universidades en París y Bolonia, centros de encuentro e intercambio de estudiosos latinos. C.M. Reglero de la Fuente, en «La aparición de las Universidades», señala que estos centros, de organización corporativa y enseñanza basada en la escolástica, surgen en la Edad Media (XI-XIII); toda la enseñanza se desarrollaba en latín, lo que permitía la movilidad del alumnado, y en el siglo XIV y XV se multiplicaron las universidades impulsadas por la realeza. C. Chaparro Gómez, en «La filosofía y la escolástica», se refiere a la escolástica como un término muy amplio, que abarca un largo periodo (IX-XVIII): el método que se seguía era la *lectio* y la *disputatio*, y la filosofía escolástica se apoya en principios religiosos cristianos; los escolásticos se interesaban por el tema de los universales y fueron muy influyentes en la época de Carlos V. A. Alonso Guardo, en «Gramática y literatura», señala y analiza la estrecha relación entre ambas materias: la finalidad de la primera es práctica y la segunda teórica. P. Conde Parrado, en «El saber enciclopédico», recuerda que el legado grecolatino fue recogido en Europa en obras de variadas denominaciones: *speculum*, *imago*, *compendium*, *proprietates rerum*, *naturae rerum*, etc.; aporta noticias sobre ellas, en las que se empieza a detectar los gérmenes de la Europa moderna y reconoce que es el principal vector de la cultura sacra y profana, clásica y mundana, artística y científica; además, es garante de su conservación. Fco.J. Andrés Santos, en «El Derecho Romano», informa sobre la llegada a Occidente del Derecho justiniano, a través de la Pragmática sanción: hubo gran interés por el *Corpus iuris civilis*; se destaca la labor de Ireneo que

creó la fundación del estudio civil en Bolonia; se incorporaron a la obra justiniana las nuevas leyes imperiales y los *libri feudorum*. V. Navarro Brotons, en «La ciencia», señala que, gracias a las traducciones del árabe al latín o directamente del griego, pasa al mundo occidental cristiano la ciencia y la filosofía clásica; se presta atención a los estudios del *quadrivium* y a las obras de Aristóteles, que influyen en la astronomía, física, medicina y biología. M.A. González Manjarrés, en «El primer humanismo», se centra en descubrir los factores que propician el humanismo en el centro de Italia: la influencia francesa, especialmente la poesía provenzal y la latina, y factores políticos y culturales; humanistas como «Lovato Lovati, Petrarca, Boccaccio y Coluccio Salutati» contribuyen a esta recuperación clásica. A. Bravo García, en «El renacimiento paleólogo de Bizancio», indica que según algunos autores la cultura griega no murió nunca en Bizancio, por eso dan el nombre de «revival» y «survival»; Máximo Planudes contribuyó a este renacimiento y su labor filológica salvó muchos textos; termina diciendo que el renacimiento paleólogo resulta ser una época de especial brillo cultural e intelectual en muy diversos campos. Este mismo autor, en «La emigración bizantina a Italia», recuerda que los eruditos griegos emigraron a Occidente cuando italianos de origen bizantino mantuvieron contacto con gente de Constantinopla, y cita a figuras señeras como Barlaán de Seminara, Simón Atumano y Demetrio Cidones, entre otros; la antigua sabiduría griega serviría de punto de partida para una nueva escolástica, pero esta vez humanista. J.A. Izquierdo, en «Los clásicos en España», recuerda la posición privilegiada de España en esta época para la transmisión del legado clásico. Destaca la labor de Alfonso X el Sabio y su escuela de traductores, y que la renovación cultural se produce tanto en la corona de Aragón con Juan I como en la de Castilla con Juan II.

La sección séptima, organizada en doce estudios (pp. 309-388), la abre González Manjarrés con «Renacimiento y humanismo». Da a conocer que el término «renacimiento» se acuña por reacción a los últimos años del medievo, a la escolástica, y es un movimiento cultural y pedagógico; es el marco en el que se desarrollan los *studia humanitatis*, gracias a la labor de destacados intelectuales como Budé, Vives y Erasmo, entre otros. P. Conde Parrado, en «La difusión de los clásicos: imprenta y enciclopedismo», notifica que los orígenes de la imprenta están ligados a la difusión de la literatura clásica, hace referencia a los impresores-editores del momento y señala que la imprenta estimuló la producción de obras que se podrían calificar de enciclopédicas, dando una relación de ellas. García Rodríguez y Conde Parrado, en «Retórica y Poética: teoría y modelos literarios», afirman que la teoría literaria moderna empieza a desarrollarse en el siglo XVI y que las fuentes para la Poética son: Platón, Aristóteles, Horacio y la propia retórica; en cambio para la Retórica son Aristóteles, la *Rhetorica ad Herennium*, Cicerón y Quintiliano; estas materias tuvieron un gran auge en la Europa renacentista. L. Merino Jeréz, en «Latín y lenguas vernáculas», refiere que los humanistas italianos eran conscientes de que la restauración de la cultura clásica debía llevarse a cabo recuperando el antiguo *usus loquendi*, y para ello imitan a Virgilio, Horacio y Cicerón; las lenguas vernáculas se benefician de este proceso de imitación, ya que los valedores de estas lenguas son los propios humanistas; en el siglo XVI, en España, se manifiesta la debilidad del latín como lengua hablada; concluye diciendo que las lenguas vernáculas alcanzan la madurez al asimilar los te-

mas y los recursos expresivos de la tradición clásica. B. Antón Martínez, en «La teoría política y la historiográfica», indica que en el siglo XVI se toma como modelos historiográficos a César, Salustio y Livio; a partir de Maquiavelo y Bodino, la historia se convierte en fundamento del poder político y es *magistra uitae* por los abundantes *exempla* y *sententiae* que encierra. V. Navarro Brotons, en «Filosofía(s), ciencia(s) y técnica(s)», explica cómo los humanistas se interesaron por la física, la técnica, la cosmología, la mecánica y la astronomía: Copérnico contribuyó a los cambios en la cosmología; Vesalio planteó una renovación en la anatomía y otros muchos contribuyeron al avance de las matemáticas y el resto de las ciencias. M.A. Zalama Rodríguez, en «Las teorías estéticas del Quattrocento», asegura que la estética de este período estuvo regida por las ideas de Platón y sus seguidores, e indica que el humanista B. Alberti se interesó por las artes en general y que en arquitectura sigue el precepto de Vitrubio que consideraba que la obra tenía que ser orgánica; en «Las ideas estéticas del Cuiquecento», ofrece un elenco de hombres sobresalientes, como L. da Vinci, A. Durero y Rafael, y señala que el cambio de las ideas se hace patente en Miguel Ángel, que nunca utilizó el término «idea» sino que prefirió *concetto*, pues aquella no se podía materializar en una obra de arte y éste sí; este período dio la vuelta a los postulados vitrubianos. A. Moreno, en «La tradición musical grecolatina hasta el Renacimiento», indica que la doctrina musical clásica fue recogida por Boecio, y que el humanismo cambió la perspectiva en la doctrina musical: a partir de entonces hubo una estrecha relación entre música y palabra. A. I. Martín Ferreira, en «El humanismo médico», destaca el interés que muchos filólogos sintieron por la medicina y los textos de Hipócrates, Galeno y Celso; además, hubo médicos filólogos, como G. Fracastoro, que escribieron en versos virgilianos sobre medicina. J.A. Izquierdo, en «Los clásicos en España», parte de la *imitatio* que los poetas españoles del XV y XVI hicieron de Virgilio, Horacio y Ovidio. A.A. Nascimento, en «El humanismo en Portugal», da a conocer que el humanismo en Portugal se produce por la formación que los portugueses reciben en instituciones extranjeras o por influencias exteriores; no obstante aporta nombres y datos de humanistas nacionales.

El Barroco es el contenido de la sección octava, que abarca diez trabajos (pp. 399-469). Encabeza el apartado el trabajo de Ch. L. Heesakkers, «El clasicismo francés y su proyección en Europa. La Querelle de los antiguos y de los modernos», donde se hace hincapié en el conflicto entre antiguos y modernos; recuerda a los jóvenes poetas de la Pléiade, que se expresaban en lengua vernácula y eran partidarios de la formación clásica; Perrault hizo surgir la *Querelle* en 1687, censurando a los autores antiguos. J. Martín Martín, en «La revolución científica ante los clásicos», después de recordar que se atribuía la paternidad del método científico a Galileo, concluye diciendo que los conocimientos de los clásicos sobre los fenómenos naturales fueron adquiridos rozando con frecuencia el método científico. M. Rodríguez Pequeño, en «Retórica y Poética: teoría y modelos literarios», señala la tendencia renovadora, la corriente clasicista, dirigida a una élite cultural, que ofrece innovaciones formales y la teoría del concepto, que tiene su base en la doctrina aristotélica de la metáfora: se parte de lo antiguo para superarlo. B. Antón, en «La historiografía: el siglo de Tácito», confirma que Tácito es el *Evangelium*, fuente inagotable de máximas y ejemplos para

los gobernantes de las nacientes monarquías absolutas; fue uno de los autores más comentados y conocen bien su obra G. Zurita y Arias Montano, entre otros. Andrés Santos, en «La teoría política», pone de manifiesto las posturas enfrentadas de la defensa de la reflexión política de Tácito (tacitistas) y su rechazo total y tajante en defensa del humanismo ciceroniano (jesuitas). Zalama, en «Las teorías estéticas», alude a las dos tendencias de comienzos del siglo XVII; naturalismo y manierismo, denostadas por Bellori; y a la fundación de la Academia francesa en 1648, que marcará la pauta estética de los siglos XVII y XVIII. M.J. Pérez Ibáñez y B. Ortega Villaro, en «Los motivos clásicos en el teatro» y «Los motivos clásicos en la prosa y en la poesía», resaltan la importancia del teatro como el género poético más cultivado, y la influencia de Séneca, Plauto y Terencio en los principales autores europeos; recuerdan el legado clásico en la tragicomedia y en el drama pastoril; señalan la influencia clásica en la novela pastoril, en las novelas utópicas, en la poesía lírica, en el emblema de corte epigramático, en la fábula mitológica, en la épica, pero subrayan que lo más novedoso del siglo XVIII es la poesía satírico-burlesca. C. Rosa Cubo, en «Los motivos clásicos en la ópera barroca», analiza la repercusión de la Antigüedad grecolatina en la ópera, especialmente de Ovidio; recuerda a los principales compositores de Europa y se hace eco del nacimiento de la zarzuela gracias a Calderón de la Barca. J.A. Izquierdo, en «Los clásicos en España», considera que los autores barrocos se inspiran en los clásicos grecolatinos, incluso mencionan sus fuentes; recuerda la utilización de los mitos, las funciones que éste desempeña y el cauce de penetración mitológica.

La sección novena, con trece trabajos, es la más amplia (pp. 469-561). Fco.M. Mariño, en «Los viajeros a Italia y Oriente», recuerda que los ingleses y franceses fueron los primeros visitantes de Grecia, con intención de buscar el ideal helénico, pero los alemanes son los verdaderos redescubridores de la idea de Grecia y sus transmisores por el Occidente europeo: figuras señeras son Winckelmann, Goethe y Hölderlin. B. Antón, en «Retórica y poética» y «La teoría política y la historiografía», resalta la importancia que los jesuitas concedieron a la Retórica y la contribución de Gr. Mayans a esta materia con su *Rhetorica*, y la de Luzán a la Poética con una obra del mismo título; indica que Tácito pierde terreno y que J. Feijóo y Mayans cambian de actitud ante el historiador del Imperio: los enciclopedistas franceses transforman a Tácito en un revolucionario republicano y Diderot le admira. M^aJ. Martínez Ruiz, en «Las teorías estéticas», confirma el continuismo en el siglo XVIII: se mira hacia la Antigüedad, la belleza se convierte en categoría estética ligada a la libertad; cobra auge lo sublime, y la mimesis, el concepto platónico que había forzado al arte a seguir fielmente a la naturaleza, sigue presente. B. Ortega y M^a J. Pérez se ocupan de «Los motivos clásicos en la prosa, en la poesía y en el teatro», indican el auge de la prosa con figuras como S. Richarsdson, L. Sterne, T. Jones, J. Swift, Voltaire y Rousseau, Bacon y Diderot, en cuyas obras está presente la huella de Homero, Virgilio, Horacio, Luciano, Ovidio, Séneca y Petronio; crece el entusiasmo por lo griego; destacan el cultivo de la épica burlesca, la sátira, la fábula con fines didácticos (La Fontaine); la elegía, y el drama tiene un lugar destacado: la tragedia tiene una notable capacidad educativa y sus temas derivan de la historia y las mitologías antiguas. Martínez Ruíz, en «Los motivos clásicos en las artes figurativas», señala que el siglo XVIII fue una de las épocas más ricas en

lo que a propuestas teóricas y figurativas se refiere, y que reinterpretó la Antigüedad gracias a las aportaciones de la Arqueología; buenos ejemplos son B. Tiépolo y R. Meng. C. García Merino, en «La Arqueología clásica», destaca los trabajos promovidos por Carlos III, entonces rey de Nápoles, y el descubrimiento de Pompeya, Herculano y Estabias, hallazgos fundamentales para el estudio de la antigüedad romana. M. Jalón, en «La filosofía y la ciencia del siglo XVIII ante los clásicos», señala que este siglo se caracteriza por sus grandes contrastes y sus variadas tensiones, y que los hombres de cultura se situaron entre dos mundos, con una base antigua y unos conocimientos modernos, pero fueron los últimos en sentirse, en parte, antiguos. J.L. Peset, en «La tradición clásica en la medicina», resalta el interés por el *Corpus Hippocraticum*; surgen nuevos métodos de exploración, algunos se retoman de Hipócrates. G. Casal, con su «Historia natural y médica del principado de Asturias» se declara heredero del Hipócrates griego y del inglés (Sydenham). Izquierdo, en «Los clásicos en España», indica que los clásicos no sólo sirven como modelos formales, sino también como referentes de las ideas ilustradas; en este período comienzan a emerger los poetas griegos, se cultiva la poesía bucólica, de tono hedonista, el ensayo para la difusión de la ciencia, los libros de viaje y la fabulística (Iriarte y Samaniego). R. Heredia, en «Las lenguas clásicas en México», afirma que en este siglo el latín fue lengua de cultura, imprescindible para estudios universitarios; la Iglesia, especialmente la Compañía de Jesús, contribuyó a su enseñanza con la publicación de gramáticas; el griego empezó a estudiarse cuando empezaron a sentirse los aires de la modernidad. A. Fraschini, en «La tradición clásica en Argentina, Chile y Perú», recuerda la importancia que tuvo la lengua latina en los siglos XVI y XVII, y la labor de la universidad de Córdoba, con sus valiosas publicaciones en el XVIII; la labor de B. Maciel, la pléyade de poetas neoclásicos, la universidad de San Marcos (Lima) y la vigencia de la tradición clásica hasta el siglo XX.

J. Signes y B. Antón, en la última sección (pp. 563-583), «Revolucionarios y románticos», advierten del cambio radical en la percepción del legado clásico que se produce desde la Revolución Francesa (1789), y del poderoso sentimiento filohelénico que se percibe en los países germanos; valoran la presencia del legado clásico en América y la vinculación de los alemanes al mundo griego, creando una comunidad espiritual y una identificación de los dos países. Recuerdan que Humboldt alentó la imitación de lo griego para superar los extremos de la revolución y ofrecen ocho esplendidos textos que captan el sentir de los autores.

Completa y cierra la obra un Índice onomástico (pp. 587-609), muy útil y cómodo para los lectores.

En nuestra opinión, es un volumen muy interesante y ambicioso, que cautiva al lector, por el acopio y la variedad de datos que suministra. Es un modelo de concreción y sobriedad en el que los editores han sabido conservar la unidad diversa de la obra. Sin embargo, hemos observado en algunos trabajos ciertas interferencias o repeticiones de autores, lugares, alusiones, etc. —sin duda necesarias—, que, posiblemente, se deben a la gran cantidad de participantes.

En suma, debemos felicitarlos los filólogos y los lectores interesados en conocer las raíces de nuestra cultura por la aparición de esta obra enciclopédica, y agradecer a los editores el esfuerzo empleado en programar los temas, correspondientes a tantos

siglos de tradición. Y a los colaboradores el trabajo de sintetizar los aspectos fundamentales y de seleccionar las figuras más representativas. Se trata de una obra de referencia, que cubre todos los ángulos de la tradición clásica y que proporciona interesantes ideas y valioso material para conocer la importancia que ha tenido la civilización grecorromana en la cultura europea.

M^a Cruz GARCÍA FUENTES
Universidad Complutense

Cristóbal MACÍAS VILLALOBOS, *Panorama actual de la Filología Hispánica y Clásica en la Red: docencia e investigación*, Sevilla, Ediciones Alfar, 2006, 219 pp.

En esta nueva «sociedad de la información», que aún debe dar un salto cualitativo para convertirse en una «sociedad del conocimiento», fin deseable, a los docentes y discentes se nos ofrece una galaxia de medios y recursos que conllevan la aparición de nuevas modalidades formativas y comunicativas. En cierta medida, estos nuevos medios reclaman la existencia de una nueva configuración del proceso didáctico y metodológico tradicionalmente utilizado en nuestros centros, donde el saber no tenga por qué recaer en el profesor, y la función del alumno no sea la de mero receptor de informaciones. Parece obvio, en todo caso, que nos encontramos ya en el futuro, en una nueva fase en la que el modo de formación y transmisión de los conocimientos ha variado (o, tal vez, aún no, pero debe hacerlo). Sea como fuere, las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC) nos han situado ante un nuevo reto para el sistema educativo, que tienden a «romper» el aula como conjunto arquitectónico y estable. Pues bien, los nuevos entornos para la formación que se quieren potenciar desde la legislación europea están caracterizados por el hecho de estar basados en recursos, ser multimedia y presentar una estructura no lineal. Y, sin duda, una de las posibilidades más significativas de las NTIC es, precisamente, la capacidad que tienen para la creación de entornos flexibles para la formación. Nos encontramos en una de esas infrecuentes situaciones en las que todo, o casi todo, está no sólo por inventar, sino incluso por intentar. Y el hecho es que no se trata de si ocurrirá, sino de cuándo ocurrirá, y no tenemos que dar lugar a preguntarnos: «¿cuándo ocurrirá?». Entonces ya será tarde, incluso para equivocarse.

El Prof. Macías Villalobos lleva ya años dedicándose al estudio y aplicación de las NTIC a la docencia e investigación en materias de Filología Clásica, por lo que este libro supone el fruto de muchas horas de «navegación». Como el propio autor, que ha contado con la colaboración de J.M. Ortega Vera y J.L. Jiménez Muñoz, asegura en la Introducción, se trata de una «guía de navegación» que «vendría a ser el equivalente en soporte papel de las ‘guías de recursos o portales’ de la Red, que ponen a disposición de los internautas un cierto volumen de información especializada sobre un tema concreto» (p. 10). Se le presentaba la posibilidad de abordar la confección de esta guía bien con pretensión de exhaustividad –fin utópico, en todo caso, pero más, si cabe, tratándose de la Red–, bien de carácter selectivo, esto es, una rela-

ción escogida de páginas web, para el hispanista y el estudioso del Mundo Clásico, que destaquen por su calidad y por el rigor de sus contenidos y la solvencia de los promotores, y que dé al lector o usuario una información detallada sobre lo que cada página ofrece, siempre desde una perspectiva crítica. Con buen criterio el autor se decantó por el segundo formato, y aun así hay que decir que una obra de estas características es una obra arriesgada, pero también valiente, y no sólo por lo que supone hacer una «selección» –seguro que cada usuario cuenta entre sus «favoritos» con direcciones que no se recogen aquí, pero hay que decir que está lo fundamental, al menos de Filología Clásica–, sino fundamentalmente por cuanto de lábil y obsolescente, hasta límites difícilmente imaginables para el no iniciado, tiene la Red. Tan es así, que ni el mayor cuidado y rapidez en la edición de una obra de este tipo puede evitar que cuando el usuario intente el contacto con alguna página se encuentre con el tan temido y odioso «enlace roto». No obstante, y tal vez precisamente por ello, una obra de este tipo es una obra valiente y también necesaria, que son ya muchos los años que se lleva trabajando con estos materiales y era hora de poner sobre papel, de una forma orgánica, lo que no iba más allá de usos individuales, artículos parciales, conferencias, cursos, etc. Dice el autor que el usuario «ideal» de la obra es el «hispanista o clasicista que tiene cierto conocimiento de la herramienta informática, que incluso maneja con soltura ciertas aplicaciones relacionadas con la Red (...) pero que nunca se ha decidido a ir más allá y conocer lo que la Red pone a su disposición, dentro de su área de conocimiento, tanto para la práctica docente como investigadora» (p. 11).

El volumen se articula en torno a cinco cuestiones principales, atendiendo siempre de forma separada a los dos ámbitos de conocimiento que abarca: «Internet como herramienta de búsqueda de información» (pp. 15-43) atiende a los buscadores generalistas y a las estrategias de búsqueda, los buscadores de área limitada, los metabuscadores, y los portales y guías de recursos; «Internet como herramienta para el investigador» (pp. 45-108) se ocupa de las virtualidades de Internet para la búsqueda bibliográfica, bases de datos bibliográficas, las bibliotecas electrónicas y las grandes obras de consulta *on-line*, en especial diccionarios y enciclopedias; «Internet como plataforma de comunicación» (pp. 109-126) repasa listas de correo, *chats*, el MOO, los grupos de noticias y de discusión, boletines electrónicos, y los modernos *blogs*, siempre acompañado de una reflexión sobre su aplicación a la docencia y la investigación; «Internet como espacio para la difusión de las ideas: las revistas electrónicas» (pp. 127-146) nos acerca a un fenómeno que ha revolucionado el concepto de publicación periódica y, sin dar un listado exhaustivo, nos reseña algunas de las más conocidas; y, por último, «Aplicaciones didácticas de la Red» (pp. 147-179) incide en el aprovechamiento de la Red como plataforma educativa, mencionando los recursos que hacen posible un uso didáctico de Internet. Se añaden, para completar el libro, dos anexos, uno dedicado a los problemas que plantea la escritura de las lenguas antiguas, fundamentalmente el griego, con el ordenador e Internet («Anexo I: La escritura del griego antiguo con el ordenador», pp. 181-187), y otro con las direcciones web reseñadas o citadas («Anexo II: Listado de las direcciones web comentadas en el libro», pp. 189-212). Por último, una completa «Bibliografía» (pp. 213-219), que agrupa títulos generales sobre la aplicación de las NTIC a los ámbitos docente e investigador,

aplicaciones específicas del ámbito de la Filología Hispánica, y aplicaciones específicas del ámbito de la Filología Clásica.

Un último comentario. Las NTIC han surgido fuera del contexto educativo y después se han incorporado a éste, lo que ha supuesto que, en buena medida, se haya transferido primero la tecnología y después se haya planteado el problema que podría resolver. Los problemas para su definitiva incorporación a las tareas docente e investigadora no son tecnológicos, o por mejor decir, se dispone ya de una tecnología que permite realizar, con unos parámetros de calidad y fiabilidad aceptables, muchas cosas en nuestro ámbito. Los problemas posiblemente residan de *qué hacer, cómo hacerlo, para quién y por qué hacerlo*. Este libro puede ayudarnos en el camino. Lo único que parece innegable es que, si aún no se ha hecho, hay que cambiar el «chip».

Antonio LÓPEZ FONSECA
Universidad Complutense

Eduardo FERNÁNDEZ, *Retórica Clásica y Publicidad*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, 426 pp.

El unir los modelos retóricos antiguos de Aristóteles y Cicerón a la publicidad actual es el fin propuesto y logrado por el autor del libro, Eduardo Fernández. La «publicística» —como dice Antonio Fontán en el prólogo de este libro (p. 11)—«o teoría y práctica de la publicidad en el mundo moderno, que baña y envuelve a los humanos en todos los ordenes de la vida social, político, económico, familiar, recreativo, etc., ejerce el mismo oficio que atribuían a la Retórica Aristóteles y Cicerón: elaborar mensajes para persuadir. Su fin es la persuasión de los destinatarios de esos mensajes a la hora de votar, o de comprar, o de elegir, o de seguir una moda efímera o duradera, etc.».

El estudio que ha llevado a cabo Eduardo Fernández se ha centrado en el *exemplum* o paradigma de la publicidad del automóvil. En la introducción del libro (pp. 15-22), el autor nos propone las directrices y objetivos del mismo, que no son otros que demostrar, por una parte, la validez de la Retórica Clásica en el análisis discursivo publicitario, pese a su desgaste en el transcurrir de los siglos. Es decir, que la publicidad es retórica y, por otra, no ha de fijarse tanto en las reglas de actuación o de composición del discurso publicitario, sino enfrentar la neoretórica con el modelo de la Retórica antigua. Por consiguiente, existen puntos comunes entre la Retórica clásica y la publicidad. Entre otros aspectos, la acomodación del discurso al auditorio, la utilización del contraste entre la verdad y lo verosímil como instrumento útil para el discurso persuasivo, y otras técnicas específicas como la amplificación (pp. 23-40).

El mensaje persuasivo de la publicidad se encontrará, pues, a medio camino entre el discurso deliberativo y el demostrativo. Precisamente, el discurso publicitario reúne características propias tanto de los discursos deliberativos como de los demostrativos según la descripción de la retórica clásica (pp. 45-68). En los capítulos si-

guientes (4,73; 5,101), el autor expone los puntos comunes entre la retórica clásica y la publicidad, centrando su atención en la existencia de una adaptación del esquema retórico clásico al discurso publicitario, según los *officia oratoris*, y a las partes del discurso. El hecho de que los publicistas desconozcan la retórica clásica no es impedimento para que perviva de forma inconsciente, o a través de los recursos expresivos poetizados por la tradición literaria, y hoy en día vueltos a retorizar por los publicistas. Por ello, Eduardo Fernández culminará este capítulo (5,113) con los *officia oratoris* (*inventio*, *dispositio*, *elocutio* y *actio*) y su aplicación al discurso publicitario.

En la *inventio* (pp. 119-250) puede descubrirse algunas ideas del inventario para la composición de los anuncios de automóviles. Los más utilizados son, por este orden: el uso de los superpuestos (82,4%), el ritmo musical (81,6%), lo afectivo/emotivo (53,6%), y el basado en referencias racionales (46,4%), en la analogía (35,2%), y en el uso de imperativos (30,4%). El exordio también puede asimilarse a la práctica publicitaria, pues encuentra correlación en el 91,2% de los anuncios analizados por el autor, en los que se encuentra la llamada de atención del espectador. La *narratio* va unida a la *argumentatio* y es el soporte para poner de relieve las cualidades del producto que se quiere presentar, o bien, en otros casos, puede limitarse a un breve resumen de lo que se va a exponer. A su vez, la *peroratio* o conclusión se identifica fácilmente con el eslogan publicitario, con el que consiste en resumir el contenido en una frase alegre y sencilla.

El *ordo naturalis* de la *dispositio* (7, p. 253) se mantiene en un 88% de los anuncios de coches analizados, por lo que no se trata de una ordenación arbitraria, sino que los materiales utilizados para la publicidad encuentran su función persuasiva. Los recursos utilizados por la *elocutio* tienen gran importancia en la práctica publicitaria, puesto que, además de los recursos expresivos, como la transposición (50%), la analogía (36%), la exclamación (32%) y el asíndeton (28%), también pueden utilizarse otros recursos técnicos que embellecen las imágenes y las secuencias.

Finalmente, la puesta en escena o *actio* retórica (9, p. 289) adelanta la importancia de la representación en una sociedad mediática y audiovisual, y lo que la retórica clásica orientaba a la realización del discurso mediante la voz y los gestos, la publicidad lo hace con la mezcla de palabras, sonidos e imágenes.

El libro termina con una amplia bibliografía de fuentes retóricas antiguas y modernas (pp. 297-316) y un apéndice de un catálogo de los anuncios o *descriptor* (pp. 323-426) analizados pormenorizadamente según la imagen, el sonido y el texto.

La investigación y el espléndido estudio llevado a cabo por Eduardo Fernández nos viene a demostrar, una vez más, que la retórica clásica de Aristóteles, Cicerón o Quintiliano no sólo está viva en nuestro mundo contemporáneo, bajo cualquier forma de comunicación social, sino además sus recursos son utilizados por la publicidad audiovisual. Por todo ello, debemos alegrarnos de que haya visto la luz este magnífico libro sobre *Retórica Clásica y Publicidad*. Una obra muy elaborada y de referencia obligada, tanto para los filólogos como para quienes trabajan en el mundo de la publicidad.

Virginia BONMATÍ SÁNCHEZ
Universidad Complutense